

PRUNELA Y EL PRINCIPE



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA N°44

PRUNELA Y

EL PRINCIPE

118X162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

PRUNELA Y EL PRINCIPE

Hubo una vez dos hermanas muy ricas, y además muy bellas. Pero, en cambio, eran tan orgullosas y tan poco bondadosas, que estos defectos llegaban a hacer olvidar su hermosura.

—Estoy resuelta a casarme con un príncipe—dijo Rosalinda, que era la hermana mayor.—Somos ricas y hermosas y, por lo tanto, no hay ninguna razón que se oponga a que seamos princesas, y aun reinas.

—Pero ¿cómo podremos lograrlo?—preguntó Angela, que era la hermana menor.—En esta casa no tenemos ninguna ocasión de conocer a un príncipe.

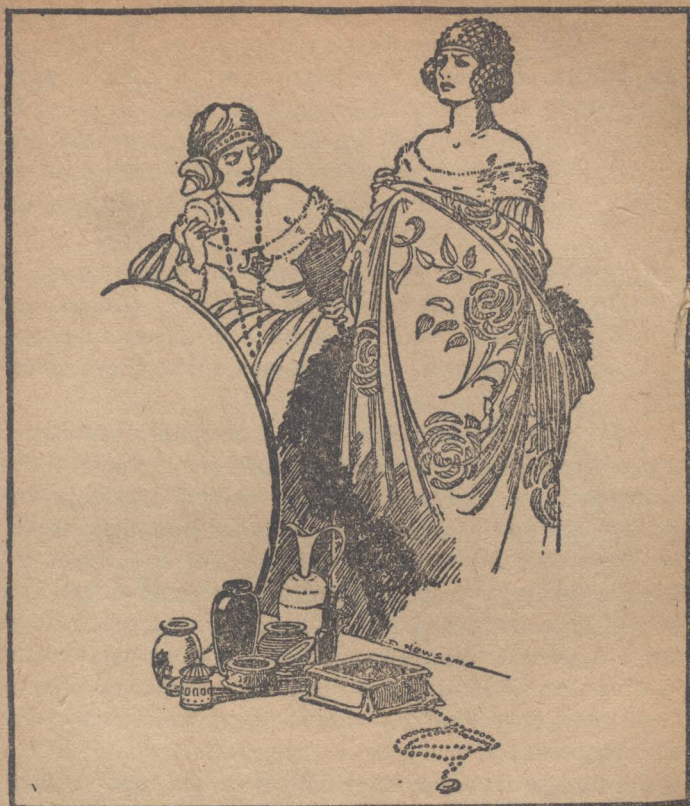
—Pues será preciso que nos decidamos a viajar—replicó Rosalinda.—Somos bastante ricas y, sin duda, en nuestros viajes tendremos numerosas ocasiones de tratar con príncipes.

—¿Y a quién llevaremos en calidad de doncella?—preguntó Angela. — Porque, como ya comprendes, tendremos necesidad de alguien que nos sirva.

—Nos llevaremos a nuestra fea prima Prunela—dijo Rosalinda.—Es tan pobre como una rata de iglesia y consentirá en servirnos sin cobrar sueldo alguno. Así nos ahorraremos algo.

Hicieron llamar a Prunela y le propusieron acompañar a las dos ricas hermanas.

—No te daremos ningún sueldo—dijo Rosalinda—pero te mantendremos y te daremos cama, lo cual es ya suficiente. Y aun puedes darte por contenta de que te queramos a nuestro servicio, porque nadie aceptaría a una criada tan fea como tú.



LAS DOS HERMANAS ERAN ORGULLOSAS Y ALTANERAS

—Además, Prunela—dijo Angela con la mayor altanería—, no digas a nadie que eres nuestra prima, pues no queremos que se sepa. Has de decir a todo el mundo que no eres sino nuestra doncella.

Prunela escuchó en silencio aquellas recomendacio-

nes. La pobrecilla había quedado huérfana y no tenía un solo amigo en el mundo, de modo que se vió obligada a aceptar las condiciones impuestas por sus ricas primas. Era una niña muy bondadosa, y si las dos hermanas la hubieran tratado bien, habría acabado por quererlas con toda su alma. Pero a ellas les importaba muy poco su afecto y, con gran frecuencia, se irritaban y la golpeaban.

Prunela no era bonita, pero tenía un rostro de dulce expresión y era tan buena como malvadas sus primas. Resolvió servirles lo mejor que pudiese, pues temía que la despidieran, ya que, como hemos dicho, carecía de amigos.

Un día muy hermoso Rosalinda y Angela se dispusieron a emprender su viaje en busca de príncipes. Prunela las acompañaba. Subieron las tres al coche y la joven-cita, que estaba encargada de todos los paquetes, se esforzó en ocupar el menor sitio posible.

Había hecho una gruesa trenza con sus cabellos y vestía el mismo traje viejo que llevaba cuando fué a ver a sus dos primas. No tenía medias y sólo se calzaba los pies con unas zapatillas, porque las orgullosas jóvenes no quisieron gastar ningún dinero en vestir bien a la pobre muchacha.

Durante varias semanas viajaron de un lugar a otro, deteniéndose siempre en las poblaciones en que viviera algún príncipe. Mas, por extraño que parezca, ninguno de ellos manifestó el menor deseo de casarse con una de las dos hermanas. Todos se mostraban muy corteses, pero en eso paraban las atenciones. Las dos hermanas no acababan de comprenderlo. En cambio, Prunela conocía muy bien la razón de tal conducta, porque los criados de la cocina le habían explicado la causa.

—Mi amo dice que tus señoras tienen la cara muy

bonita, pero el corazón muy feo—le dijo uno.—Y eso es cierto, porque esta mañana yo mismo vi cómo te pegaban.

—Es verdad—contestó Prunela.—Pero no debo hablar con vos ahora, sino que he de ir a ayudar a mis amas para que se vistan.

Salió corriendo de la cocina, porque no le gustaba hablar con la gente de la misma, ya que siempre le decían cosas muy desagradables de Rosalinda y de Angela, y la pobrecilla temía ser castigada nuevamente si ellas se enteraban de tales conversaciones.

Un día las hermanas hablaban entre sí, muy excitadas. En la posada pudieron enterarse de que en la población inmediata vivían dos príncipes.

—Iremos allá—dijo Rosalinda.—Tal vez se enamoren de nosotras al vernos con nuestros nuevos trajes y las hermosas joyas que poseemos. Ahora, Prunela, date prisa en empaquetarlo todo.

Prunela lo hizo así y luego las tres reanudaron el viaje, en su coche. Llevaban tanto equipaje, que ya no había sitio en el interior para Prunela, y así, la pobrecilla, tuvo que sentarse en el pescante, al lado del cochero. Y, como hacía mucho frío, empezó a temblar.

Por la carretera encontraron a tres jinetes. Dos de ellos iban delante y vestían con la mayor magnificencia. El tercero iba detrás, y parecía ser un criado.

—Ahí van los dos príncipes y su criado—dijo el cochero.

Cuando las dos hermanas oyeron esto, se conmovieron extraordinariamente y ordenaron al cochero que parase. Rosalinda se asomó por la ventanilla y saludó al primer jinete.

—Dispensad, señor, ¿podréis decirme si estamos muy lejos de la posada más próxima? — preguntó con voz

azucarada, aunque conocía perfectamente aquel dato.

El jinete detuvo su caballo y empezó a conversar con las dos hermanas. El criado continuó a cierta distancia y pronto pudo ver a Prunela sentada en el pescante, al lado del cochero. Y al notar que la niña tenía frío, se quitó la capa y se la entregó.

—Ponte esto—le dijo.—Ya me la devolverás cuando estemos en la posada, porque allí voy con mis amos.

Aquella noche, las dos hermanas estaban excitadísimas. Empezaron a discutir los trajes y las joyas que se pondrían y la pobre Prunela no paraba un momento, porque no cesaban de ordenarle cosas.

Por fin, Rosalinda y Angela estuvieron ya vestidas y bajaron para cenar en compañía de los dos príncipes. A Prunela no le gustó el aspecto de aquellos dos jóvenes, diciéndose que sus modales no eran muy refinados y que, además, gritaban mucho al hablar. Estaba persuadida de que el criado era mucho más distinguido y cortés.

Aquella misma noche le devolvió la capa, y él le dirigió algunas palabras bondadosas. Luego volvió al lado de sus amos y ella, por su parte, tuvo que atender a sus señoras.

¡Qué entusiasmadas estaban las dos hermanas al acostarse aquella noche!

—¡Qué guapo es mi príncipe!—exclamó Rosalinda.—Me ha prometido casarse conmigo y así reinaré con él.

—¿Y el mío?—dijo Angela.—Es distinguidísimo y generoso sobre toda ponderación. Me ha prometido que cuando nos casemos me regalará una carroza de oro puro.

Así hablaban y Prunela prestaba atención, preguntándose, al mismo tiempo, qué sería de ella en el caso de que las dos hermanas llegaran a casarse con los dos príncipes.



DISCUTIERON QUÉ TRAJES Y JOYAS SE PONDRÍAN

Transcurrieron varios días y los príncipes, en unión de las dos hermanas, continuaron el viaje, de manera que comían juntos y, con frecuencia, también bailaban.

Prunela, por su parte, hablaba frecuentemente con el criado, que, según pudo observar, era muy afable, bueno y cortés. Desde luego, a ella le parecía mucho más distinguido que los dos príncipes, quienes la trataron con la mayor rudeza y demostraban no tener sentimientos delicados.

Un día, Rosalinda dijo a Prunela:

—Mañana mismo vamos a casarnos con nuestros príncipes, ya no te necesitamos más como criada. Te daremos dos monedas de oro y el permiso de marcharte donde quieras. Esto es mucho más de lo que tú vales, pero lo daremos con gusto para librarnos de una muchacha tan fea y astrosa como tú. No eres doncella apropiada para dos prometidas de príncipes.

—¿Y adónde iré?—preguntó Prunela echándose a llorar.

—A donde quieras—contestó Angela.

Las dos hermanas salieron de la estancia para dar un paseo a caballo. ¡Pobre Prunela! Estaba muy asustada, porque no sabía a dónde dirigirse. Se encaminó a la cocina, se sentó en un rincón y se preguntó qué haría. De sus ojos castaños manaban abundantes lágrimas y, al fin, se las secó.

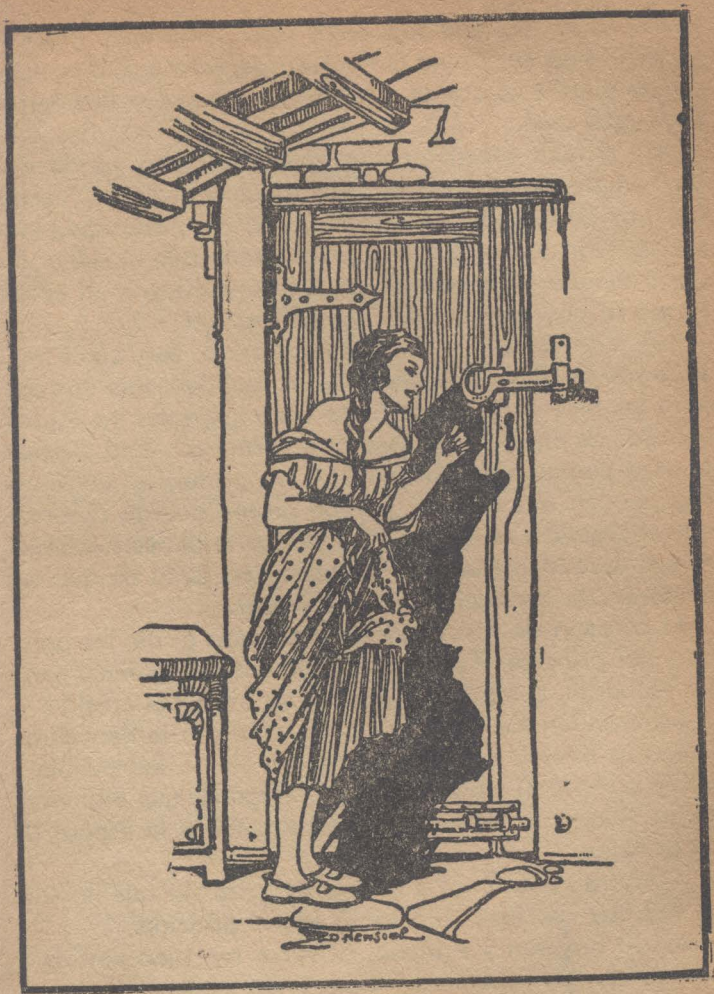
—¿Qué te pasa, Prunela? — preguntó una voz cariñosa.

La joven levantó los ojos y vió al criado, que la miraba sorprendido.

—¡Oh, mis señoras van a casarse con vuestros amos! —dijo sollozando.—Y acaban de despedirme. Me darán dos monedas de oro, pero como no tengo nada ni conozco a nadie, no sé a dónde ir.

—Yo te diré a dónde debes ir—replicó el criado.—Cásate conmigo y te prometo que no te faltará nada. Estoy enamorado de ti, gracias a tu dulce rostro y a tu bondadoso corazón, y si te resignas a casarte con un criado, porque ya me consta que eres prima de esas dos hermanas, y no una verdadera criada, te trataré siempre con la mayor bondad.

Prunela contestó que estaba dispuesta a casarse con él, pues tenía el convencimiento de que era hombre muy bondadoso y de que nunca la trataría mal.



LLAMÓ SUAVEMENTE A LA PUERTA

Así, a la mañana siguiente, muy temprano, Prunela se vistió y se encaminó al cuartito inmediato a la cocina, donde dormía el criado. Llamó suavemente a la puerta. Pero ¿qué vió?

Allí estaba efectivamente el criado, pero ya no era un hombre humilde, sino un verdadero príncipe. Vestía un traje de tisú de oro y llevaba una capa adornada con pieles, cuyo extremo inferior arrastraba por el suelo. Su gorro estaba adornado de piedras preciosas, y el joven sonrió al observar el asombro de Prunela.

—Calla—le dijo.—Guarda mi secreto. Soy, como ves, un príncipe. Los otros dos son, en realidad, mis criados, pero les hice cambiar de lugar conmigo, pues ya estaba cansado de encontrar princesas egoístas que sólo querían casarse conmigo por mi reino. A tus primas les conviene casarse con mis criados, porque pronto podrán observar que el orgullo y el egoísmo les ha acarreado este castigo. Ahora aprenderán a ser humildes y no dudo de que, en adelante, se conducirán mucho mejor.

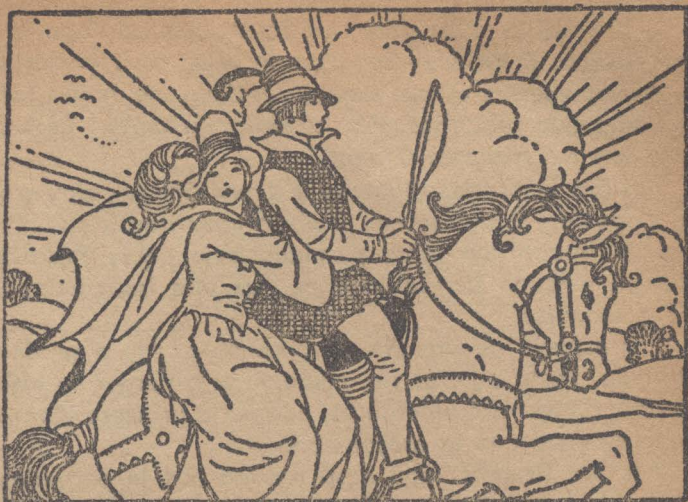
El corazón de Prunela latía presuroso al oír las palabras del príncipe. Tuvo lástima de sus dos primas, pero, sin embargo, comprendió que merecían aquel castigo.

Salieron los dos y el príncipe se casó con la doncellita. Luego la llevó a un lujoso establecimiento del pueblo y allí le compró el traje más rico y elegante que ella viera en su vida, y la vistió como corresponde a la esposa de un príncipe.

—Ahora volveremos a la posada, para ver qué ha sido de mis dos criados—dijo sonriendo el príncipe.

Así lo hicieron y Prunela, al verse tan bien vestida y casada con un apuesto príncipe, creía estar soñando.

Encontraron a las hermanas y a los fingidos príncipes que acababan de llegar de la iglesia, donde se habían casado. Y ya se puede comprender la sorpresa de Angela



VOLVIERON A LA POSADA Y PRUNELA VESTÍA MAGNÍFICAMENTE

y Rosalinda al ver a su prima vestida con tanta magnificencia y tan satisfecha y orgullosa como ellas mismas.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntaron sorprendidas.

—Poca cosa—contestó el príncipe, con voz severa.—Yo soy el príncipe y esos dos hombres, con quienes os habéis casado, son mis criados, que, por algunos días, cambiaron conmigo de posición. Ahora les ordeno que vuelvan a ser criados y vosotras habréis de servir a mi esposa, la princesa Prunela, del mismo modo que ella os sirvió a vosotras.

—¡Oh!—exclamó una de las hermanas, furiosa, y volviéndose hacia los dos recién casados.—¿Cómo os habéis atrevido a tomarnos por esposas? Sin duda andabais buscando nuestro dinero.

—Y vosotras solamente nos aceptasteis por figuraros que éramos príncipes—contestaron ellos, muy enojados. —Ahora vuestro dinero nos pertenece y no tenéis más remedio que seguirnos. Por lo tanto, ¡a callar! Es preciso servir a nuestros señores.

Las dos hermanas, llorando y lamentándose, siguieron al príncipe y a su esposa. ¡Cuánto lamentaron entonces haber tratado con tanta crueldad a la pobre Prunela! Porque estaban persuadidas de que ella las castigaría para vengarse.

Por espacio de un año viéronse obligadas a servir a Prunela, hasta que, al fin, empezaron a perder su altanería y a mostrarse afectuosas, porque la princesa las trataba siempre con la mayor bondad.

Por fin, Prunela rogó a su marido que le permitiese tratarlas como primas, y él, en vista de lo mucho que habían cambiado, dió su consentimiento.

A partir de entonces todos vivieron muy felices en el palacio, y a la muerte del padre del príncipe, éste y Prunela subieron al trono, entre los videntes y el entusiasmo del pueblo.

—¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina!—gritaban.

Y Angela y Rosalinda estaban entusiasmadas como el que más, porque habían aprendido a amar a Prunela.



EL RABO DEL CONEJO PIN

Hubo una vez un conejo, llamado Pin. Era muy vanidoso y gustaba de que le admirasen. Tenía unos bigotes muy largos, las orejas grandes y el pelaje espeso. La única cosa que no le agradaba era su rabo, pues era muy corto, como el de todos los conejos. A Pin le habría gustado un rabo largo y grueso como el de la ardilla o, siquiera, como el del gato. Era, realmente, ridículo aquel rabito, en el que nadie se fijaba.

Un día, mientras estaba en el bosque, encontró un hermoso rabo blanco. Había pertenecido a un gato de juguete, que un niño llevaba consigo mientras paseaba. El rabo quedó prendido en unas matas espinosas y se cayó al suelo, sin que el niño lo notase.

Pin lo tomó y lo examinó. Era, precisamente, el rabo que tantas veces deseaba. Resolvió llevárselo a su madriguera y probárselo, para ver qué aspecto tenía con él.

Atravesó el bosque en dirección a su madriguera. Una vez seguro en ella, se ató el rabo postizo al natural, y, luego, miró por encima del hombro para hacerse cargo de su aspecto.

—¡Caramba! —exclamó.—Estoy magnífico. ¡Oh, sí! En adelante usaré este rabo y todo el mundo se figurará que es verdadero. Nadie se dará cuenta y todos me mirarán y me envidiarán. Seré el único conejo rabilargo.

Permaneció unos días en su madriguera y cuando sus amigos fueron a visitarlo, asomó la cabeza por la entrada y les contestó, muy orgulloso:

—Me está creciendo un rabo largo. Me he enterado de que ésa es la moda actual. Ahora está a medio crecer, pero no tardará en desarrollarse. Entonces os lo dejaré ver.

Los conejos se quedaron muy asombrados y se preguntaban si alguna vez hubo un conejo rabilargo, pero nadie estaba enterado de semejante caso. Luego creyeron que tal vez Pin se burlaba de ellos y, por consiguiente, esperaron con la mayor ansiedad el día que podrían examinar aquel rabo maravilloso.

Al séptimo día, Pin abandonó su madriguera. Habíase atado muy bien el rabo del gato, de modo que ocultase perfectamente el suyo propio. Y, al salir de su madriguera, los demás conejos, pasmados, exclamaron:

—Sí, en efecto. Tiene un rabo largo. ¡Caramba! Venid todos a verlo. Pin tiene un rabo largo.

Y no solamente fueron a verlo los conejos, sino que también las comadreas y los zorros, los gorriones y los tordos, los erizos y los topos. Los zorros y las comadreas no pudieron acercarse mucho, porque los conejos los odiaban. Pero, sin embargo, se aproximaron lo bastante para ver bien aquel rabo extraordinario.

¡Qué orgulloso estaba Pin! Saltaba de un lado a otro luciendo su largo rabo y gozando lo indecible con las exclamaciones de sorpresa y de envidia de sus compañeros.

—¿Y cómo hiciste para que te creciese este rabo, Pin? —le preguntaban los demás conejos.—Dínoslo y haremos igual que tú.

Pin estaba persuadido de que no podrían imitarle, puesto que el rabo era postizo. Pero, desde luego, no podía decirles eso. Se sentó y empezó a darse importancia.

—Para eso—les dijo—no hay que hacer otra cosa sino



SALTÓ DE UN LADO A OTRO PARA LUCIR SU LARGA COLA

encerrarse cada uno en su madriguera y, durante siete días, pensar en rabos largos. Luego empezará a crecer uno igual que el mío.

Los tontos conejos creyeron sus palabras. Y todos fueron a ocultarse en sus madrigueras, en donde permanecieron por espacio de siete días, sin pensar en otra cosa que en un rabo largo.

Pero ¡ay! Al salir pudieron darse cuenta de que sus rabos no habían crecido ni un solo milímetro.

—Sois tontos—les dijo Pin, atusándose los pelos del bigote.—Yo soy el más listo entre todos vosotros. ¿Por qué no me nombráis vuestro rey? ¿No os gustaría tener un rey de rabo largo?

Pero muy pocos conejos sentían simpatía por Pin, a causa de su vanidad. Sin embargo, él estaba tan decidido a ser rey que, por fin, acabó convenciéndolos de la conveniencia de elevarlo al trono.

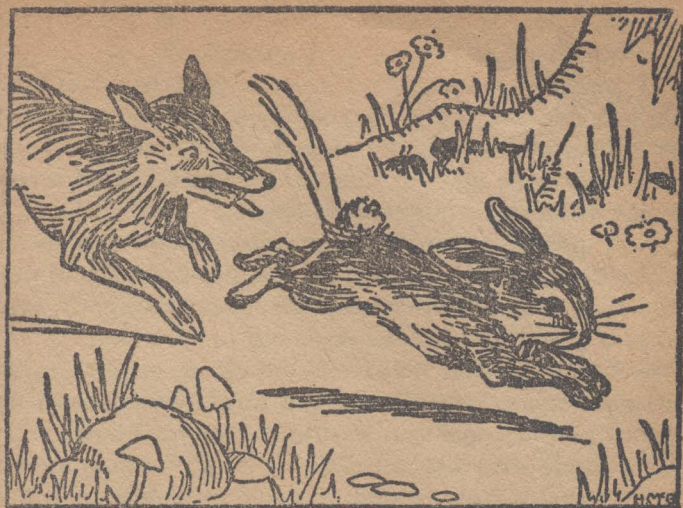
Todos los conejos se dirigieron a la colina Ventosa, con objeto de celebrar una importante reunión. Sentáronse, formando un ancho círculo, cuyo centro ocupaba Pin y, a su lado, estaba el conejo más anciano.

—Amigos—dijo éste.—Nos hemos reunido hoy para decidir si Pin habrá de ser o no nuestro rey. Es el único conejo rabilargo de nuestro pueblo. Todos nosotros hemos procurado desarrollar un rabo como el suyo, pero sin conseguirlo. Por consiguiente, parece indudable que es el más listo entre nosotros. ¿Queréis que lo nombremos rey?

Antes de que los conejos pudiesen contestar, se presentó un zorro de rojizo pelaje. Desde gran distancia había olfateado los conejos y acudió allí a fin de ver si podía apoderarse de uno para su cena. Ellos lo vieron bajar por la colina y, después de mirarlo muy asustados, echaron a correr como alma que lleva el diablo.

Pin huyó también. Su largo rabo arrastraba por el suelo, pero él no se acordaba siquiera de aquel adorno. Solamente tenía el deseo de llegar cuanto antes a su madriguera, agradable, segura y comodísima. ¡Ojalá pudiese esconderse allá antes de que lo cogiera el zorro!

Este lo perseguía, porque Pin estaba gordo y no podía correr tan de prisa como los demás. Y así, al pobre Pin lo amenazaba un peligro extraordinario. Todos los demás conejos llegaron sin novedad a sus respectivas madrigueras y, luego, se asomaron a la entrada de cada una de ellas para observar cómo iba la persecución de su compañero. El zorro estaba cada vez más cerca de Pin y a



EL ZORRO PERSEGUÍA A PIN

punto de cogerlo. De pronto hizo un esfuerzo y consiguió agarrar con la boca el rabo postizo del conejo.

—¡Oh, el pobre Pin está perdido!—exclamaron los demás conejos.

Pero el cordel que sujetaba el largo rabo de Pin se rompió con la mayor oportunidad y el conejo siguió corriendo, libre y más ligero que antes, en tanto que el zorro, pasmado, se detenía sujetando el rabo en la boca.

—¡Oh!—exclamaron los conejos.—Pin tiene un rabo corto y además otro largo. Mirad, ahora tiene el rabo igual que nosotros.

Así era, sin la menor duda. Pin seguía corriendo en busca de la seguridad de su madriguera. Consiguió meterse en ella y, durante unos momentos, permaneció in-

móvil y jadeante. ¡Cuánto se alegraba de que su largo rabo hubiese sido postizo y no verdadero!

El zorro dió un mordisco al rabo, pero luego lo escupió, asqueado. Y cuando estuvo lejos, los conejos acudieron presurosos a examinar aquel rabo. Pronto pudieron darse cuenta de que era fingido, y de que, probablemente perteneció a un juguete de trapo.

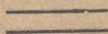
—¡Y pensar que nos hemos pasado siete días en las madrigueras, esforzándonos en que nos creciese un rabo largo! —exclamó el más viejo de los conejos.—¡Y estuvimos a punto de nombrar rey a ese impostor!

—¡Qué desgracia habríamos tenido si, en efecto, nos crecieran rabos largos!—observó otro.—Entonces el zorro nos podría coger con mucha mayor facilidad.

—¿Dónde está ese estúpido de Pin? —preguntaron otros.—Vamos a darle una

En efecto, se encaminaron a su madriguera, lo sacaron a rastras de ella y le dieron una paliza, sin dejar de insultarlo, de modo que el pobre conejo se quedó con las orejas gachas y los ojos llenos de lágrimas.

Allí terminó la vanidad de Pin. Cuantas veces intentó manifestar algún orgullo, los demás le preguntaban si le había crecido el rabo. Y entonces Pin se sonrojaba



HISTORIA DE TORLON

Y DE SU CURACION

Hubo en otro tiempo un duendecillo llamado Torlón. Vivía en un pueblecito cuyos habitantes tenían fama de poseer muy buen corazón.

En efecto, era así. Mutuamente se regalaban muchas cosas, trabajaban todos en beneficio de los demás y, por otra parte, se profesaban el mayor afecto. Torlón habría debido considerarse feliz por vivir en aquel pueblo, pero no era así.

Vivía en su casita y en compañía de su tía, la señora Torlona. Ella lo cuidaba y se esforzaba en que viviese feliz y, en realidad, la pobre mujer trabajaba tanto, que el duendecillo acabó por ser perezoso.

Llegó un día en que Torlón se negó, incluso, a llevar leña para su tía. Dijo que estaba muy cansado y que si ella quería leña que fuese a buscarla. La pobre mujer, a pesar de sus años y de las pocas fuerzas, se ocupó de acarrear la leña y luego, todavía, preguntó a Torlón si quería una taza de chocolate para recobrar las fuerzas. Era muy buena.

Torlón empeoraba de día en día. Cuando la gente del pueblo le regalaba miel, pasteles, manzanas, globos de juguete, etc., lo tomaba sin apenas dar las gracias. No preguntaba tampoco si sus generosos amigos necesitaban algo y, a pesar de que su peral había dado una cantidad enorme de peras, no quiso consentir que su tía regalase una sola.

Hacíase, pues, muy perezoso y egoísta. El mismo lo comprendía así, pero no le importaba. Un día, un primo

suyo, que vivía en el Bosque de las Moras, fué a merendar con él.

—Observo, Torlón, que te estás poniendo demasiado gordo—dijo.—También noto que no me has dado más que pan y manteca, de modo que la merienda es bastante pobre. ¿Es así cómo obsequias a tu primo? Me parece que eres avaro y egoísta y, en tal caso, no mereces vivir en este pueblo. Si llega a enterarse la Reina de las Hadas se enojará y te expulsará.

Torlón lo escuchó alarmado. El mismo comprendía que se había convertido en un ser avaro y egoísta, perezoso y malo, mas, por otra parte, ni siquiera podía imaginar la posibilidad de verse expulsado de su propio pueblo. ¡Qué deshonra! Entonces se le ocurrió una buena excusa.

—El malo eres tú—dijo.—Lo que pasa es que me encuentro mal. Estoy enfermo y no deberías hablarme así.

—¡Pobrecito Torlón!—dijo su tía, acercándose.—¿Te ha tratado mal tu primo? Si es así, que se vaya.

—Me he limitado a decirle la verdad—replicó el primo.—Y si está enfermo, ¿por qué no se hace visitar por el doctor?

—No necesito que me vea el médico—se apresuró a contestar Torlón.—Pronto me repondré.

Pero la señora Torlona se preocupó mucho de la salud de su querido sobrino, pues creyó, sin dudarle un momento, que, verdaderamente, estaba enfermo. Por lo tanto, sin decirle nada, hizo llamar al doctor, para que visitara a Torlón.

—¿Qué le pasa?—preguntó el doctor.—Ayer lo vi y tenía muy buen aspecto.

—En pocos días ha perdido mucho—contestó la buena mujer.—Está tan enfermo, que ayer mismo no pudo encargarse de traerme leña.



SACA LA LENGUA—ORDENÓ EL DOCTOR

—¿Cómo?—exclamó el doctor.—¿Ha tenido la desvergüenza de consentir que la llevara usted? Observo que ese duendecillo es un malvado.

—¡Oh, no, no es malvado!—contestó la señora Torlona.—Es que está enfermo, doctor. Nunca hace nada por nadie y apenas agradece los regalos que le traen a casa. Tengo la seguridad de que está débil. A veces ni siquiera puede calzarse, de modo que yo me veo obligada a ponerle los zapatos.

—¡Caramba!—dijo el doctor, con extraño acento.—Parece que, en efecto, le ocurre algo raro. Mañana mismo iré a verlo, señora.

En efecto, al día siguiente se presentó en la casa y Torlón tuvo una gran sorpresa al verlo.

—He venido a ver qué te pasa—dijo el doctor.—Saca la lengua, di tres veces "noventa y nueve" y tose.

Torlón obedeció. El doctor le tomó el pulso, lo auscultó, le pellizcó las piernas, lo sacudió por los hombros y luego, con cara de preocupado, tomó asiento.

—Estás muy grave—le dijo.—Y si quieres que te cure, habrás de acompañarme.

Torlón se asustó. En realidad no se encontraba mal. Simplemente era avaro y perezoso, pero no se atrevió a decirlo.

—No quiero salir de mi pueblo —contestó. — Deseo continuar aquí, al lado de mi tía. Si estoy enfermo, ella me cuidará.

—No puedo permitirlo—contestó el doctor con la mayor firmeza.—Tu enfermedad es contagiosa y, por lo tanto, podrías contaminar a tu tía y a tus vecinos. Es preciso que me acompañes a mi casa.

No había más remedio, de modo que Torlón tuvo que resignarse. Lloró, pero fué en vano, porque el doctor se mostró muy firme. La señora Torlona le rogó que le permitiese acompañarlos, para cuidar a su sobrino, pero el médico no se lo consintió.

Torlón hizo su equipaje y, en breve, estuvo dispuesto. Sentía un enojo extraordinario, pero el doctor no le hizo caso, sino que lo cogió por la mano y lo llevó a su casa, situada a corta distancia del pueblo.

Una vez allí mostró a Torlón un pequeño dormitorio, donde había una cama muy dura.

—Dormirás ahí —dijo. — Prepara tus cosas y luego vendrás a servirme la cena.

Torlón se quedó asombrado, pero el doctor se había marchado ya. ¿Servirle la cena? ¿No estaba enfermo y necesitaba ser cuidado? ¿Qué se proponía aquel maldito médico?



EL DOCTOR SE LO LLEVÓ A SU CASA

Preparó sus cosas y luego se dirigió a la estancia inmediata. El doctor estaba sentado y ocupado en limpiar algunos instrumentos quirúrgicos.

—La cena consiste en pan y leche—dijo.—Encontrarás de todo en ese armario. Y date prisa, porque tengo hambre.

—No quiero servir la cena—contestó Torlón.—He venido aquí para ser curado de mi enfermedad y no para agravarme de ella.

El doctor sonrió y replicó:

—Eso es una parte del sistema curativo. Pronto te encontrarás mucho mejor. Ahora sírveme la cena, o bien no te daré nada para comer.

Torlón no replicó. Estaba asustado, porque le habían dicho muchas veces que el doctor tenía una mano muy ligera y estaba seguro de recibir una paliza en caso de desobedecer. Sacó el pan, la leche y la vajilla necesaria, y lo puso todo encima de la mesa. Y ante su sitio puso un cuenco muy grande, destinando otro pequeño para el doctor.

—Veo que estás más enfermo de lo que me figuraba —dijo el médico, fijándose en los dos cuencos.—Vale más que esta noche no cenes. Te haría daño.

Tomó él solo los dos cuencos de leche y Torlón se vió precisado a acostarse sin cenar. Resolvió que, al día siguiente, destinaría el cuenco mayor al doctor. Ya se ve, pues, que empezaba a curarse.

A la mañana siguiente se quedó en la cama, con la esperanza de que el doctor le serviría el desayuno. Pero nadie entró en su cuarto. Dieron las ocho, luego las nueve y, por fin, las diez. El perezoso duendecillo continuaba en la cama, esperando. Pero, al fin, y en vista de que no oía ningún ruido en la habitación inmediata, saltó de la cama y se vistió, porque tenía mucha hambre.

En la cocina no encontró a nadie. El fuego estaba apagado y no halló nada que comer. Todo estaba sucio y lleno de polvo. El duendecillo se enojó y, de pronto, descubrió un aviso clavado en la repisa de la chimenea.

“Para el duendecillo”, decía. Torlón lo leyó de cabo a rabo. El doctor había escrito lo siguiente: “He tenido que salir para visitar un enfermo muy grave. Prepara y enciende el fuego, luego hazte un huevo pasado por agua. Hecho eso irás al bosque y traerás leña, porque apenas queda. Después barrerás y quitarás el polvo de todas las habitaciones. Luego prepárame una buena comida. Y una vez hayas hecho todo eso, te encontrarás mucho mejor”.



SE ACERCÓ A LA CHIMENEA Y LEYÓ OTRA VEZ
LA NOTA.

Torlón no se resolvía a creer lo que estaba viendo. ¿Veríase precisado a llevar a cabo todo aquel duro trabajo? Pues no le daba la gana ¡ea! Se sentó y, por espacio de cinco minutos, permaneció pensativo y muy disgustado. Luego sintió tanta hambre, que no pudo resistirla más. Necesitaba desayunar.

Para cocer el huevo tenía precisión de encender el fuego. Tomó leña y encendió una buena hoguera. Luego puso agua a calentar y coció el huevo. Después de comer se sintió bastante mejor.

—Quizá convendría barrer y quitar el polvo—pensó. —No tengo más que hacer y, por otra parte, este doctor es capaz de darme una paliza si no obedezco. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh! ¡Ojalá no me hubiese traído aquí!

Se dirigió a la chimenea y leyó nuevamente la lista de instrucciones. Vió que debía ir al bosque en busca de leña y, por lo tanto, se puso la bufanda y salió. Pronto llegó al bosque y empezó a buscar leña.

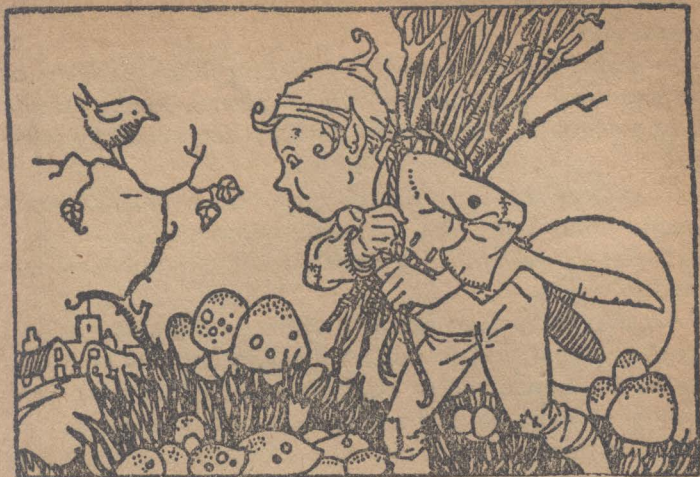
—Los troncos pesarían mucho más—pensó.

Luego recordó que su pobre tía iba todos los días al bosque en busca de leña para él y, por vez primera, lo sintió, y aun se avergonzó.

Llevó la leña a la leñera y luego fué a leer de nuevo la lista de instrucciones. Tomó la escoba y el plumero y empezó a trabajar. Bien es verdad que limpiaba bastante mal, pero creyó que el doctor no se fijaría en el polvo que dejaba en los rincones.

Eran ya las doce y media y creyó llegado el momento de preparar la comida, y apenas había empezado a guisar, cuando llegó el doctor.

—¿Cómo, aún no está preparada la comida?—exclamó.—¿Y a eso llamas barrer? Mira el polvo que hay en este rincón. Me parece que necesitas una buena paliza,



LLEVÓ EL HAZ DE LEÑA A CASA DEL DOCTOR

Torlón. Estoy seguro de que, en cuanto te la haya dado, te encontrarás mucho mejor.

—No, no me conviene —contestó Torlón.—Haga el favor de no pegarme y esta tarde lo limpiaré todo. Lo siento mucho pero, realmente, era algo perezoso.

—Bueno, ya veremos—contestó el doctor mirándolo.
—De todos modos, me parece que estás algo mejor.

El duendecillo preparó la comida y los dos comieron con mucho gusto. Desde luego el doctor salió de nuevo, diciendo que tuviese preparada la merienda para las cuatro.

¡Cuánto trabajó Torlón aquella tarde! Volvió a limpiar todas las habitaciones y, esta vez, con el mayor cuidado. Luego lavó los vidrios de las ventanas y, por fin, preparó la merienda, de modo que, cuando el doctor llegó, es-

taba ya la mesa puesta, encendido el fuego y la merienda preparada.

—Observo que estás mejor—le dijo el doctor, después de examinar la estancia.—Ya te advertí que te curaría muy pronto, Torlón. Dentro de unas semanas parecerás otro.

El duendecillo, al oír estas palabras, sintió que se le caía el alma a los pies. ¡Algunas semanas! ¡Qué horrible! Mas no se atrevió a decir nada y continuó merendando.

Aquella tarde tuvo que ir a entregar algunos medicamentos. Había llovido mucho y había charcos en todas partes. El duendecillo se cayó en varios y, como se comprende, se mojó de pies a cabeza. Lloraba de rabia y, al llegar de nuevo a casa, dijo al doctor que, a causa de la mojadura, enfermaría sin duda alguna.

—No digas tonterías—le contestó el doctor.—Cámbiate el calzado y las medias, bebe un poco de leche caliente. Ya verás cómo en seguida te encontrarás bien.

Y así fué, en efecto. Luego refirió sus aventuras al doctor, y éste se rió de muy buena gana, de tal manera, que al mismo Torlón la cosa le pareció digna de risa.

Al día siguiente continuó trabajando, pero ya con mayor alegría. Por la tarde salió de nuevo a repartir varios medicamentos y oyó que algunas personas hablaban del doctor.

—Es un hombre muy bueno—decían.—No hay nadie tan generoso ni tan activo como él. Y, además, sería capaz de sacrificarse por cualquiera.

Torlón se quedó muy pensativo. Habría dado cualquier cosa para que la gente le quisiera tanto a él como al doctor. Y, también, deseó que éste le quisiera y le dijese que era un buen trabajador. Pero el doctor no le dirigió una sola palabra de alabanza.



SE METIÓ EN VARIOS CHARCOS

Torlón trabajó mucho aquella semana. Tenía la casa limpia a más no poder y los metales brillaban como si fuesen de oro o plata. Preparaba sabrosas comidas para el doctor y cumplía alegremente todas sus órdenes. Entonces notó que había cambiado mucho. Tenía ganas de reír y de bromear, así como de ayudar a todo el mundo. Deseaba mostrarse bondadoso y amable como el doctor y, cuando iba a repartir medicamentos, la gente lo acogía de buena gana y aun todos le ofrecían dulces, pasteles, limonadas y leche.

Pero Torlón no aceptaba nada, pues temía que eso pudiese disgustar al doctor.

Por espacio de tres semanas permaneció en su casa y a sus órdenes. Y una noche el doctor le habló, diciéndole:

—Ya estás curado, Torlón. Supongo que ahora ya sabrás cuál es tu enfermedad, ¿no es así?

Torlón no contestó, pero se sonrojó.

—Eras perezoso y egoísta—añadió el doctor.—Eras un duendecillo antipático, malo y demasiado mimado por tu bondadosa tía. Ahora eres ya activo, trabajador y amable, y todo el mundo me ha dicho que has sabido conquistar la simpatía general. Y como ya estás curado, puedes volver a tu casa cuando quieras.

Torlón se acercó hacia el doctor y le dió un estrecho abrazo.

—Muchas gracias por haberme curado—le dijo.—Le juro que nunca más sufriré esa enfermedad. Además, le aseguro que he vivido muy a gusto en su casa, de manera que, si no tiene usted inconveniente, volveré algunas veces a acompañarle cuando tenga mucho trabajo y necesite alguien que le ayude en los quehaceres de la casa.

—Bueno—contestó el doctor.—Yo, por mi parte, tam-



TODO EL MUNDO LE HACÍA REGALOS

bién te he tenido en mi casa con el mayor gusto, porque, en definitiva, no eres malo.

Torlón se alegró mucho al oír tales palabras. Cantando fué a acostarse y aquella noche tuvo sueños muy agradables. Al día siguiente recogió sus efectos, se despidió del doctor y regresó a su pueblo. Durante el camino no dejó de silbar un solo instante.

—¡Caramba, aquí está Torlón de regreso!—exclamaron los habitantes del pueblo cuando le vieron llegar.— Tiene otro aspecto. Está muy alegre y contento. Eso es muy agradable. Bienvenido, Torlón.

El duendecillo estrechaba la mano de todos, para de-

mostrarles su alegría. Luego, corriendo, se dirigió a su casita y llamó, muy alegre, a la puerta. Acudió su tía a abrirla y ambos se dieron innumerables besos y abrazos.

—¡Tía!—dijo él.—Antes de marcharme yo era muy malo y perezoso, pero ahora voy a demostrarte que he cambiado por completo.

Cumplió su palabra e hizo muy feliz a su tía. Sus ciudadanos le hicieron numerosos regalos y él correspondía amablemente a aquellas atenciones.

Por otra parte, nunca dejaba de ayudar a sus amigos en sus quehaceres, de manera que acabó por ser querido de todo el mundo.

—El doctor es maravilloso—decían todos.—En pocas semanas ha curado a Torlón de su pereza y de su egoísmo, porque ahora es el muchacho más simpático del pueblo.

El doctor sonreía al oír tales expresiones. Nunca explicó a nadie su sistema curativo, y tampoco lo descubrió el duendecillo, porque le daba vergüenza.

Dos veces por año Torlón va a ayudar al doctor y entonces trabaja más que nunca. Pero ahora le gusta, en vez de repugnarle.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.

Publicados

**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

En preparación:

**CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN**

**CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**

●
**Precio de cada tomo:
\$ 2.30**



**URGEL 245
BARCELONA**



**GOROSTIAGA 1650
BUENOS AIRES**